

ESCENA VI

OCTAVIO PICCOLOMINI se adelanta hablando con Maradas, y ambos se colocan á un lado del proscenio. Por el lado opuesto sale MAX, solo, pensativo y sin tomar parte en la animación general. En el centro, pero algunos pasos atrás, figuran agrupados de dos en dos BUTTLER, ISOLANI, GOETZ, TIEFENBACH, COLLALTO, y poco después, el CONDE TERZKY.

ISOLANI (*mientras se adelantan los generales*).—Buenas noches, buenas noches, Collalto; buenas noches, general, ó mejor dicho, ¡buenos días!...

GOETZ (*á Tiefenbach*).—Amigo, ¡que aproveche!

TIEFENBACH.—Ha sido un banquete regio.

GOETZ.—La Condesa lo entiende; es digna discípula de su señora suegra, que en paz descanse. ¡Aquella sí que era una gran ama de gobierno!

ISOLANI (*hace que se va*).—¡Luz!... ¡luz!

TERZKY (*con un papel*).—Aguardad dos minutos, compañeros. Hay algo que firmar.

ISOLANI.—Firmaré lo que queráis. Pero ahorradme la lectura.

TERZKY.—No pensaba fastidiaros con ella; es el compromiso que ya conocéis. Basta una plumada. (*A Isolani que presenta el papel á Octavio.*) No hay que atender, señores, á categorías. Firme cada cual como vaya viniendo.

(*Octavio recorre con la vista el papel, indiferente. Terzky le observa.*)

GOETZ (*á Terzky*).—Señor Conde, con vuestro permiso me retiro.

TERZKY.—No os vayáis tan pronto... La última copita. ¡Muchachos! (*Llamando á los criados.*)

GOETZ.—No puedo.

TERZKY.—¿Y echar una partida?

GOETZ.—Tampoco; excusadme.

TIEFENBACH (*sentándose*).—Dispensadme, señores; el estar en pié me fatiga.

TERZKY.—Como gustéis, general.

TIEFENBACH.—Tengo la cabeza libre, y el estómago bueno, pero las piernas me rehusan sus servicios.

ISOLANI (*por la obesidad de Tiefenbach*).—¡Como las habéis cargado con tan grave peso!
(*Después de haber firmado, Octavio entrega el papel á Terzky y éste á Isolani, quien se acerca á una mesa para firmar á su vez.*)

TIEFENBACH.—Así me puso la guerra de Pomerania... ¡Como había que marchar sobre el hielo, y á pesar de la nieve!... Ya no volveré á ser lo que fui.

GOETZ.—¡Ah!... realmente... á los suecos no les preocupaba mucho la estación.

(*Terzky presenta el papel á Maradas, y éste firma.*)

OCTAVIO (*acercándose á Buttler*).—No gustáis mucho de festejar á Baco, señor coronel... Lo he estado observando. Me parece que os complacería más el tumulto de una batalla que el de un banquete.

BUTTLER.—Sí, lo confieso; los festines no se han hecho para mí.

OCTAVIO (*confidencialmente*).—Ni para mí tampoco, os lo aseguro. Me alegra ser de vuestra opinión sobre este particular, mi digno coronel Buttler. Media docena de buenos amigos, todo lo más, al rededor de una mesita circular, una copa de tokay, franca cordialidad, y una conversación discreta, he aquí lo que más me place.

BUTTLER.—Realmente; si pudiera eso conseguirse, de buen grado sería yo de la partida.

(*Entregan el papel á Buttler que va á firmarle. Despejado el proscenio, los dos Piccolomini quedan frente á frente á ambos lados.*)

OCTAVIO (*después de haber contemplado á su hijo en si-*

lencio, se acerca á él).—Amigo mío, mucho has tardado en venir.

MAX (*se vuelve, con aire de embarazo*).—¿Yo?... Asuntos urgentes me han detenido.

OCTAVIO.—Y por lo que veo, tu pensamiento está aún fuera de aquí.

MAX.—Ya sabéis que el mucho bullicio me deja como embozado y mudo.

OCTAVIO (*acercándose más á él*).—¿No puedo saber yo qué te ha detenido tanto tiempo? Terzky lo sabe, y yo no.

MAX.—¿Qué sabe Terzky?

OCTAVIO (*con intención*).—Es el único á quien no preocupaba tu ausencia.

ISOLANI (*adelantándose*).—Así, así; respetable padre; mostradle sus yerros, y metedle en un puño. No se ha portado muy bien.

TERZKY (*vuelve con el papel*).—¿Falta alguien? ¿Han firmado todos?

OCTAVIO.—Todos.

TERZKY (*alzando la voz*).—¿Hay alguien que deba firmar todavía?

BUTTLER.—Contad las firmas. Han de ser treinta.

TERZKY.—Aquí hay una cruz.

TIEFENBACH.—La mía.

ISOLANI.—No sabe escribir, pero su cruz es excelente, y será respetada por cristianos y judíos.

OCTAVIO (*á Max*).—Vámonos, coronel; es tarde.

TERZKY.—Sólo ha firmado uno de los Piccolomini.

ISOLANI (*señalando á Max*).—Atended. Falta ese convidado de piedra que en toda la noche no ha dicho esta boca es mía.

(*Max toma el papel y lo recorre distraído.*)

ESCENA VII

Dichos.—ILLO saliendo de la habitación del fondo, con la copa de oro en la mano, y exaltado por la bebida. GOETZ y BUTTLER le siguen é intentan detenerle.

ILLO.—¿Qué me queréis?... Dejadme.

GOETZ Y BUTTLER.—Basta de beber... Illo.

ILLO (*se acerca á Octavio bebiendo y le abraza*).—¡Octavio!... á tu salud...! Aneguemos nuestro mutuo resentimiento en ese trago que echaremos juntos. Ya sé que nunca me has querido mucho, como yo, Dios me perdone, tampoco te quise nunca á ti... Pero olvidemos lo pasado... Te estimo con alma entera (*le abraza otra vez*): soy tu mejor amigo... Sepan todos que quien le llame hipócrita tendrá que habérselas conmigo.

TERZKY (*llevándolo á un lado*).—¿Pero estás loco?... Repara dónde te hallas, Illo.

ILLO (*cordialmente*).—¿Qué queréis?... Estamos entre buenos amigos (*Mirando en torno muy alegre*). No hay un solo bribón entre todos, de lo cual me alegro infinito.

TERZKY (*á Buttler*).—Lleváoslo fuera; os lo ruego, Buttler. (*Buttler lo conduce hacia el aparador.*)

ISOLANI (*á Max que contempla inmóvil y distraído el papel*).—Es cosa de un momento, compañero. ¿Lo habéis estudiado bastante?

MAX (*como saliendo de un sueño*).—¿Qué debo hacer?

ISOLANI Y TERZKY (*á un tiempo*).—Poner debajo el nombre. (*Octavio le mira con angustia.*)

MAX (*devolviéndole el papel*).—Lo dejaremos para mañana. Es grave el asunto, y ahora no me siento dispuesto para eso. Mandádmelo mañana.

TERZKY.—Pero atended á que...

ISOLANI.—Vaya... firmad pronto... ¿Cómo se entiende?... Es el más joven de nosotros y quisiera mostrarse más prudente que todos juntos. Advertid que todos, incluso vuestro padre, hemos firmado.

TERZKY (á Octavio).—Persuadidle; emplead vuestro influjo...

OCTAVIO.—Mi hijo es mayor de edad.

ILLO (dejando el vaso en el aparador).—¿De qué se trata?

TERZKY.—Nada; que no quiere firmar el juramento.

MAX.—Digo sólo que quiero aguardar á mañana.

ILLO.—El asunto no puede aplazarse. Hemos firmado todos, y es fuerza que tú firmes también.

MAX.—Illo, buenas noches.

ILLO.—No, no escaparás. Es necesario que el príncipe conozca á sus amigos.

(Todos se agrupan en torno de ellos.)

MAX.—El príncipe sabe perfectamente cuáles son mis sentimientos; todos lo sabéis;... esas necesidades son inútiles.

ILLO.—Esta es la recompensa que obtiene su predilección por los italianos.

TERZKY (muy perturbado, se dirige á los generales que se agolpan al oír aquellas palabras).—No le hagáis caso... El vino le hace hablar así.

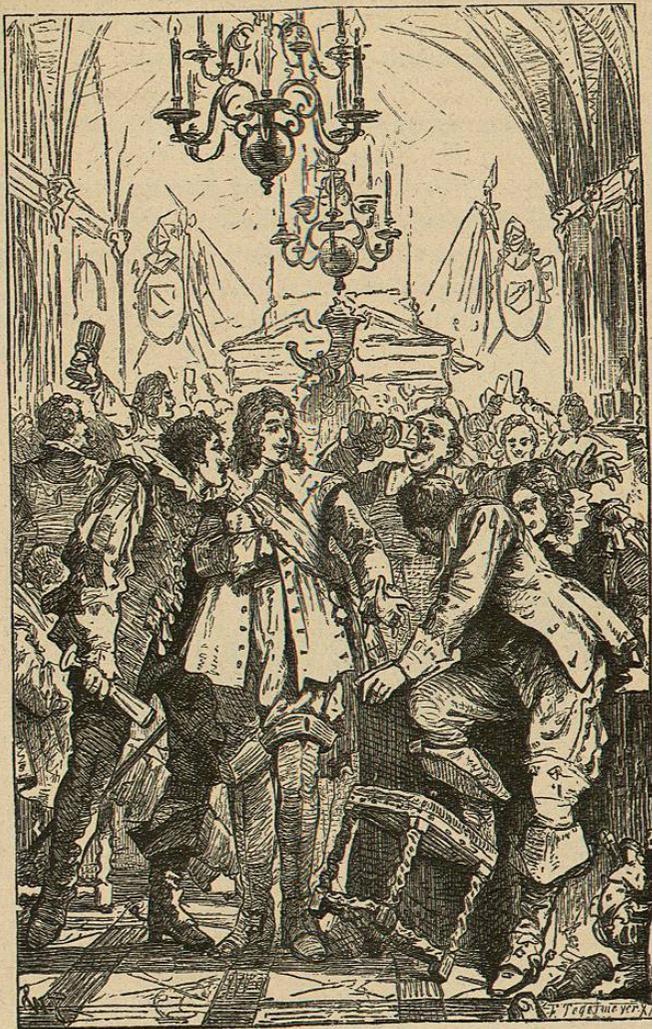
ISOLANI (riendo).—El vino no inventa nada. Se limita á sacar fuera lo que se siente.

ILLO.—Quién no está conmigo, está contra mí. ¡Vaya con sus escrúpulos de monja!... Todo porque no le franquean la retirada con una clausulilla...

TERZKY (interrumpiéndole vivamente).—¡Delira!... ¡Está ebrio!... ¡No le hagáis caso!

ILLO (alzando la voz)... una cláusula para salvar todo compromiso... ¿Para qué esa cláusula?... ¡Vaya al diablo!

MAX (más atento y contemplando de nuevo el papel).—



MAX.—¿Qué debo hacer?

¡Qué!... ¡Se corre algún peligro! Me inspiráis deseos de mirarlo más despacio.

TERZKY (*aparte á Illo*).—¿Qué estás haciendo, Illo? nos pierdes...

TIEFENBACH (*á Collalto*).—Ya he observado que antes de comer decía el papel otra cosa.

GOETZ.—También yo.

ISOLANI.—Me tiene sin cuidado. ¿No están los nombres de los demás? Pues bien puede estar el mío.

TIEFENBACH.—Antes de comer se consignaba una salvedad, una cláusula relativa al servicio del Emperador.



BUTTLER (*á un compañero*).—¡Bah! Señores, hay que atender al punto á que han llegado las cosas. Hoy por hoy se trata de saber si hemos de conservar nuestro general ó si le dejamos partir. No hay que pararnos en perfiles.

ISOLANI (*á un general*).—¿Por ventura el principe fijó condición alguna cuando os entregó el regimiento?

TERZKY (*á Goetz*).—¿Y cuando os encargó á vos las provisiones que os producen más de mil pistolas anuales?

ILLO.—Declaro que es un pillo quien nos acuse de

perjurio. El que no esté contento que lo diga. Aquí estoy yo.

TIEFENBACH.—Bah, bah; esto era pura conversación.

MAX (*devolviendo el papel*).—Vaya, pues; hasta mañana.

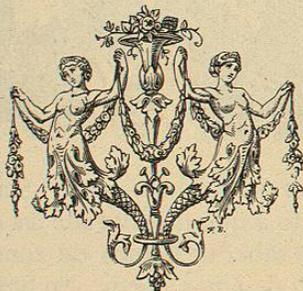
ILLO (*fuera de sí, sofocado de ira, le presenta con una mano el papel y con la otra la espada*).—¡Firma, Judas!

ISOLANI.—¡Demonio!... ¡Illo!

OCTAVIO, TERZKY, BUTTLER (*á un tiempo*).—¡Abajo la espada!

MAX (*coge á Illo, le desarma y dice al conde Terzky*):—Que lo lleven á la cama.

(*Se va. Illo, enfurecido y gritando; algunos generales le detienen. En medio del tumulto cae el telón.*)



ACTO V

ESCENA PRIMERA

Una habitación de la casa de Piccolomini. Es de noche

OCTAVIO PICCOLOMINI.—UN CRIADO, alumbrándole. Á poco
MAX PICCOLOMINI

OCTAVIO

CUANTO regrese mi hijo, decidle que quiero verle... ¿Qué hora es?

EL CRIADO.—Pronto amanecerá.

OCTAVIO.—Colocad allí esa luz. No he de acostarme; podéis retiraros.

(*Vase el criado. Octavio se pasea pensativo por la habitación. Sale Max y contempla un instante á su padre en silencio.*)

MAX.—¿Estáis irritado conmigo, padre? Sabe Dios que no tengo la culpa de la odiosa disputa. Bien ví que habíais firmado y harto sé también que lo que para vos es conveniente debe serlo para mí; pero en